

maba al príncipe Alejandro soberano de Bulgaria. Atraído á la calle por la gritería, acudió á la plaza el gobernador militar del ejército de Rumelia, llamado Drigalski-Bajá, para ver lo que pasaba. Allí encontró al mencionado batallón del mayor Nikolayeff, al cual preguntó en seguida: «¿Qué hace usted aquí en la plaza con el batallón?» El coronel contestó: «No le conozco á usted.» «¿Cómo que no me conoce usted?» dijo el bajá. «Gendarmes, - ordenó el mayor, - lleven ustedes al señor á su casa.» Y así sucedió; dos gendarmes se pusieron á cada lado del bajá y le llevaron á donde se les había ordenado, sin prenderle. Al momento se formó un gobierno provisional presidido por el Dr. Stranski, que fué reconocido por parte de las autoridades locales, y se dirigió al príncipe Alejandro para solicitar su proteccion. Muy crítica era la situacion en que este príncipe se encontraba en su castillo de Varna, y hacia poco que en Franzensbad había tenido una entrevista con el ministro ruso señor de Giers, á fin de ponerse en mejores relaciones con Rusia. El ministro le había dicho que por entonces la política de Rusia y de las potencias del Norte exigía el mantenimiento del orden de cosas que reinaba en la península de los Balkanes, y que por lo tanto se opondrían resueltamente á todas las tentativas encaminadas á unir á Ostrumelia con Bulgaria. El príncipe contestó que como era natural conocía el deseo universal de union de sus súbditos, pero que no creía estuviera próximo el movimiento para conseguirlo. Sin embargo, el 15 de setiembre llegaron á Varna dos mensajeros de los revolucionarios de Philipópolis, llamados Rizeff y Kurteff, para comunicarle en nombre de su presidente del consejo de ministros, Karaweloff, que la comision había decidido que del 27 de setiembre al 2 de octubre se rompiesen las hostilidades. Esta noticia sorprendió grandemente al príncipe, el cual contestó en seguida que era imposible hacer lo que se pedia despues de la conferencia que acababa de tener con Giers. Hizo todo cuanto pudo para convencer á los conjurados de que debían desistir de aquel golpe, que consideraba imposible, y logró convencerlos; mas antes de que regresasen había ocurrido ya la declaracion de las hostilidades (1).

Si sancionaba lo hecho por los búlgaros se enemistaba con el emperador Alejandro, que no le perdonaría nunca haber faltado aparente ó realmente á su palabra y hallarla mas tarde ó mas pronto el medio de arrojarle del trono. Si por el contrario no accedía á la peticion búlgara, se haría imposible como soberano y tenia que abdicar inmediatamente, pues de lo contrario tendría que empezar con sus propios búlgaros la lucha contra sus hermanos rebeldes, lo cual no era posible. El mismo expuso con estas palabras la consideracion que le obligó á aceptar: «Yo conozco mi país y sabía que el mayor peligro estaba en dejar desbordar la agitacion popular. Aun no se ha extinguido el odio nacional á pesar de cuantos esfuerzos he hecho para conseguirlo, y yo veía en lontananza, además del alboroto, la guerra civil entre búlgaros y mahometanos. Yo solo estaba en el caso de contener la agitacion popular encauzándola en vez de dejarla desbordar y cometer mil excesos; sin mí, era inminente la anarquía; mi persona garantizaba el orden y la tranquilidad. Por eso acepté»

La verdad de estas palabras fué confirmada por los hechos (2). El viaje del príncipe desde Schipka á Philipópolis fué

(1) Compárense las propias palabras del príncipe en los relatos de Huhn, pág. 36, con los datos de Koch, págs. 230 á 231.

(2) El salvajismo de los búlgaros habíase manifestado terriblemente en 1877 contra los mahometanos. En cuanto entraron los rusos comenzó la batalla; mas de 100,000 infelices turcos, tanto hombres como mujeres y niños, fueron matados sin piedad y no solo por odio nacional y fanatismo religioso, sino por avaricia y pillaje. Huhn, pág. 7.

un triunfo continuado; su entrada en la ciudad una alegre fiesta nacional, no solo para los búlgaros, sino tambien para los turcos. Cuando parecia inevitable una guerra con Turquía, tanto que ya se había ordenado una movilizacion general que inflamaba el espíritu búlgaro contra aquel país, con gran sorpresa de todos declaró el príncipe en el mismo momento que tomaba la regencia en Philipópolis de «soberano de ambas Bulgarias,» que la union del país no encerraba ninguna intencion hostil contra Turquía y que él continuaba siendo como antes fiel vasallo de S. M. el sultan (3), pidiendo á éste que sancionase lo hecho y no lo combatiere ya que estaba consumado. Mandó que izasen nuevamente el pabellon turco, que había sido arrancado en el primer furor, y que á su lado se colocasen sus leones de Hesse, que había convertido en blason de Bulgaria. Además de esto, cuando salió de la iglesia griega donde se había cantado el *Te Deum* entró en la gran mezquita á oír las oraciones que se rezaban por el sultan. Esto no lo habían hecho nunca ni los mismos gobernadores del gran sultan, Aleko-Bajá y Gavril-Bajá. «Ahora, exclamaba un anciano mahometano, viene este rebelde extranjero, ahuyenta con las armas á los representantes del sultan y su primer cuidado es visitar la mezquita. Se dice que en el principado lo mismo quiere y considera á sus súbditos mahometanos que á los cristianos. Si nos trae tambien justicia y tolerancia, bendito sea (4).» Ya habían comunicado los prefectos de todas las comarcas del país que desde que los soldados búlgaros habían abandonado los pueblos reinaba gran temor entre los cristianos de que los mahometanos cayesen sobre ellos, y que como entre estos se notaba una amenazadora eferescencia, había que temer lo peor si no eran desarmados. El permiso para este desarme habría producido indudablemente la guerra civil; por lo cual el príncipe contestó á los prefectos que no podía otorgárselo. Despues llamó al *muffi* de Philipópolis á su *konak*, puso ante su vista los partes de los prefectos y le dijo: «Ya ve usted lo que me piden. Ahora bien, yo he estado siempre contento de mis súbditos mahometanos, y por lo tanto he negado la autorizacion: ¿burlareis mi confianza?» El *muffi* contestó: «Príncipe mio, sabemos muy bien cómo habeis procedido en Bulgaria con nuestros hermanos y vemos cómo salís á nuestro encuentro. Mientras permanezcáis en Ostrumelia, no habrá mahometano que tome las armas contra vos.» Y esta promesa fué cumplida con toda fidelidad (5). La sagacidad de hombre de Estado del joven príncipe vióse inmediatamente recompensada por otro medio. El sultan opuso resistencia, como es natural, á la violacion de lo acordado en la paz de Berlin pidiendo la intervencion de las potencias, pero no habló una sola palabra de declarar él la guerra. En cambio los búlgaros recibieron rudo golpe de otra parte. El 23 de setiembre presentaron su dimision, por orden del czar, el ministro de la Guerra y toda la oficialidad rusa, cosa que hubiera sido un golpe mortal para el joven ejército si no se hubiesen hecho innecesarios estos oficiales en el transcurso de seis años, que era lo que hacia que estaba constituido. Mas esto era porque, cumpliendo sus deberes de jefes y preceptores, habían hecho de aquellos búlgaros, cuya capacidad, destreza y ardiente celo superaban á todas las esperanzas, una tropa excelente, y tan audaz como bien disciplinada. Tambien se formó un numeroso cuerpo de jóvenes oficiales procedentes en parte de la escuela de cadetes de Sofía, que á la sazón, poseidos de entusiasmo, ascendieron, ocupando las

(3) Circular del 21 de setiembre de 1885, que se halla en el *Calendario histórico* de Schulthess, 1885, págs. 365 á 366.

(4) Huhn, pág. 41.

(5) Huhn, pág. 43.

plazas de capitanes que hacia tanto tiempo ambicionaban. Al fin tenían los búlgaros un ejército puramente nacional; pero solo la práctica podia demostrar de lo que serían capaces bajo las órdenes de jefes tan jóvenes como inexpertos aun en los arduos de la guerra. Lo cierto es que la marcha á la frontera turca, donde esperaban hallar los primeros enemigos, se llevó á cabo con un orden ejemplar. El capitán de artillería Nikoworoff dirigía el ministerio de la Guerra, y el capitán Petroff, de 26 años de edad, el estado mayor, como si no hubiesen hecho otra cosa en su vida; pero el príncipe que viajaba por Ostrumelia para animar al combate al ejército y al pueblo, conquistaba como por encanto los corazones de sus súbditos. «Ahora, - decia Karaweloff, - es cuando podemos apreciar lo que poseemos. El príncipe y el pueblo están completamente unidos y tanto pertenece la Bulgaria unida al príncipe Alejandro como éste á aquella (1)»

No fué la Sublime Puerta, sino la Servia, la que declaró la guerra á Bulgaria, guerra que debía completar la fusion de ambas Bulgarias bajo el gobierno de su caballero soberano.

No parecia admisible que los preparativos belicosos emprendidos por el rey Milano en la frontera búlgara estuviesen destinados en realidad á deshacer violentamente, por orden de Rusia, la union de la gran Bulgaria. El príncipe Alejandro, admitiendo hubiera aquí una mala inteligencia, envió á su ministro de Justicia para aclarar este asunto, entregándole al propio tiempo un escrito que debía poner en manos del rey. Mas éste negóse á recibir mensaje y mensajero, y el 13 de noviembre declaró la guerra á Bulgaria «para restablecer el equilibrio de los pueblos de los Balkanes y vengar muchas injusticias inferidas á Servia por Bulgaria.» El día 14 pasó su ejército por cuatro sitios distintos la frontera búlgara y el mismo día comenzó la brillante y heroica carrera del príncipe Alejandro.

En un manifiesto de guerra del 14 de noviembre, aquel que había sido borrado por el czar de la lista de su ejército imploró la proteccion del Todopoderoso para la guerra santa, que á causa de un traidor ataque tenia que comenzar su pueblo en defensa de su honor y libertad; y mientras su ministro Tzanoff, en circulares redactadas con maestría, ponía en conocimiento de las potencias por medio de sus embajadores residentes en Constantinopla la traicion de los servios, el príncipe Alejandro mandaba su ejército con gran presteza de la frontera turca á la de Servia para rechazar el ataque del rey Milano á Sofía. Tuvo la gran alegría de ver que los mahometanos de la Rumelia oriental acudieron á su auxilio con 6,000 voluntarios. El ejército búlgaro, compuesto de tres divisiones, la última de las cuales solo podia considerarse como milicia nacional, contaba con 47,000 infantes, 2,600 soldados de caballería y 96 cañones. A esto había que agregar la milicia de la Rumelia oriental con 25,000 infantes, 1,600 jinetes y cuatro cañones, es decir, un total de 80,000 combatientes, con 72,000 infantes, 4,200 jinetes y 100 cañones (2).

Los pertrechos de guerra eran muy abundantes. Mientras Servia solo poseía cinco millones de cartuchos, tenia Bulgaria solo para los fusiles Berdan, veintimillones. La cantidad de que podían disponer para gastos de guerra ascendía á 43 y medio millones de francos, y la *Sobranje* (parlamento) había concedido además un crédito de otros diez millones. Durante la guerra todos los empleados y oficiales, siguiendo el ejemplo del príncipe, renunciaron á una parte de su sueldo y los soldados á su plus, contentándose con

(1) Huhn, pág. 71.

(2) *La guerra servio-búlgara de 1885* por Muller; Hanover, 1888, página 75. Véase *La guerra servio-búlgara hasta el armisticio*, cuatro conferencias de un oficial prusiano, Minden, 1886.

las provisiones que eran aportadas, y el labrador búlgaro, tan conocido por su bienestar y su avaricia, accedió voluntariamente á suministrar víveres; 3,000 labradores con sus carretas tiradas por búfalos iban detrás del ejército, cuidando de suministrarle con regularidad las provisiones y haciendo para esto viajes de ida y vuelta. Lo que en tiempos normales era muy difícil, mejor dicho imposible, se consideraba entonces como cosa corriente y natural. El entusiasmo ejercía su influencia mágica y el milagro de los milagros fué la marcha misma. Solo hasta Sarambey había ferro-carril, pero éste solo disponía de cuatro locomotoras, que por consiguiente no podían arrastrar mas que cuatro trenes, á los que no les era posible recorrer mas que 22 kilómetros por hora llevando completo el cargamento. Desde allí tenían que emprenderse por málsimos caminos y con espantos temporal verdaderas marchas gigantescas, atravesando además el dificultoso paso de Ichtiman; pero se hicieron porque era preciso si no se quería perderlo todo. El primero y segundo destacamento del ejército búlgaro, en union del primero de la milicia de Rumelia oriental, estaban situados en las cercanías de la ciudad de Sliwnitza, ó sea un día de marcha antes de llegar á Sofía, y en aquella posicion fué donde se terminó la batalla de tres días, decisiva para aquella guerra que apenas había comenzado.

A derecha é izquierda de la calzada Dragoman-Sliwnitza estaban las avanzadas de los búlgaros, 10,000 hombres, bajo las órdenes del mayor Gudscheff, cuando el 17 de noviembre comenzó el ataque del ejército principal servio. Este se componía de las cuatro divisiones del ejército de Nischawa, que con 34,000 hombres y á la vista del rey Milano tenia orden de apoderarse de Sofía, mientras el ejército de Timok, compuesto de 17,000 hombres, bajo el mando del general Leschjaun, marchaba sobre Widdin. El combate duró todo el día y terminó siendo rechazados los servios. Su artillería, á pesar de su mayor número de cañones, no pudo vencer á los Krupp de los búlgaros; su infantería hacia los disparos con loca vivacidad, pero sin puntería, de modo que los proyectiles pasaban por encima de las cabezas de los búlgaros. Estos últimos no solo conservaron sus posiciones despues de haber vacilado en un principio, sino que tomaron luego la ofensiva. Por orden del comandante Bendereff (3) se pusieron por la tarde en movimiento dos batallones del regimiento del Danubio para recuperar una posicion que acababan de perder. Al llegar al pié de la eminencia, sin haber disparado un tiro, desplegaron la bandera, y al redoble de los tambores comenzaron á subir la cuesta, que era trabajo muy penoso. Entonces oyeron los servios por primera vez aquel grito de: *Dschumi Maritza* (¡sopla, María!) que tantas veces fué despues para ellos la señal de huida. Bajo un nutridísimo fuego de los servios llegaron los búlgaros á la cima, dieron una carga á la bayoneta á aquellos y los arrojaron del monte abajo. Desapareciendo ambas partes detrás de él, reinó una larga pausa; despues oyóse á lo lejos el *Dschumi Maritza*; siguió un desesperado tiroteo y poco despues un hurra de los búlgaros. La segunda posicion había sido tambien ganada y tras ella una tercera, hasta que al fin Bendereff consiguió alcanzar á sus jadeantes soldados (4). A las seis había terminado la batalla. En los sitios de mayor peligro había estado siempre el príncipe entre sus valientes búlgaros, viéndosele en la línea de fuego con mas frecuencia de lo que le está permitido á un general, y no desmintiéndose nunca ni la magia de su aparicion ni la de sus entusiastas palabras.

(3) El antiguo oficial prusiano llamado Binder, que despues de haber sido destronado el príncipe se condujo tan bajamente.

(4) Segun las descripciones de Huhn, págs. 129 y 130.

Cuando al anochecer volvía á pasar por las posiciones tan valientemente defendidas, saludóle un interminable hurra de sus victoriosas tropas.

El segundo ataque, llevado á cabo por los servios al día siguiente, se estrelló contra la decisiva superioridad de la artillería búlgara. El número de combatientes de los búlgaros habíase aumentado entretanto con 21,000 hombres, y el telégrafo trabajaba sin descanso aguijoneando á la parte del ejército que acudía de la Rumelia oriental para que llegase cuanto antes á marchas forzadas. Por segunda vez fué Bendereff, que combatía en el ala derecha, el que atacó con sus batallones y con brillante éxito las posiciones ocupadas por los servios. Estos no habían conseguido más que un triunfo: su division del Morawa se había establecido al anochecer del 17 en Bressnik, poblacion situada á la izquierda de los búlgaros, con lo cual amenazaba la posicion de Sliwnitza así como la capital, Sofía. Cuando el príncipe Alejandro tuvo conocimiento de este suceso en la mañana del 19, tomó con harto dolor de su corazón el partido de abandonar el victorioso campo de Sliwnitza y dirigirse á Sofía, para evitar el peligro que amenazaba desde Bressnik. Pero su temor resultó infundado, lo mismo que el pánico que reinaba en Sofía. Un joven é inteligentísimo oficial, el capitán Popoff, derrotó é hizo retirar á los servios que acudían desde Bressnik, les persiguió hasta allí y les arrojó de sus posiciones, mientras el ataque principal del rey Milano se estrellaba ante la inquebrantable fortaleza de los defensores de Sliwnitza. En este tercer día de batalla la derrota de los servios fué debida á la falta de union y fuerza para dirigir las maniobras; á la disminucion creciente de las municiones y por lo tanto á la impotencia de sus cañones y fusiles, y á la desanimacion de las tropas, que impidió todo ataque eficaz. La última tentativa para apoderarse del pueblo de Wladimirowze, situado á la izquierda de Sliwnitza, fué rechazada por tres batallones búlgaros que acababan de llegar, los cuales, despues de haber hecho una marcha de 60 kilómetros, entraron en combate sin tomar el menor descanso y cayeron sobre el flanco derecho del enemigo (1). Cuando á las seis regresó el príncipe de Sofía no estaba aun terminada la batalla, pero esta ba decidida en toda la línea. Profundamente conmovido abrazó en el campo de batalla al mayor Gudscheff, felicitándole por el triunfo. La division servia del Danubio habia sido completamente derrotada por los ataques de Bendereff y rechazada hasta el paso del Dragoman; la retaguardia de todo el ejército principal habia caido casi por completo en poder de los búlgaros; y era tan grande el número de desertores que acudía del campamento, que demostraba que reinaba el mayor desorden é indisciplina entre el ejército servio. Muchos oficiales fueron asesinados traidoramente por la espalda por sus mismos soldados. El rey Milano, que ya no tenía segura su vida entre su propio ejército, podia ser considerado como moralmente muerto.

Cuando al anochecer del 19 de noviembre regresaba el príncipe con su acompañamiento á Sliwnitza, dirigióse hácia él un oficial que saludándole con el sable djóle estas palabras: «Tirnowski-Polk, Primorski-Polk, cuatro destacamentos de la Rumelia oriental, 13,000 hombres en su puesto;» y así era en efecto: todo su ejército habíase reunido y con esto estaba decidida la suerte de la guerra (2).

(1) Monner, pág. 141.

(2) A. de Huhn refiere como testigo presencial, en la pág. 173, lo siguiente: «A espaldas de las posiciones, en una estrecha garganta donde generalmente hervía un solitario caldero, veíase á la sazón un bosque de bayonetas, y al acercarse el príncipe oyóse un grito de júbilo tan atronador que no he oído jamás hasta entonces cosa semejante. Parecía que comprendían aquellas gentes que con su llegada habia sido

El 22 de noviembre partieron los búlgaros en marcha general, y el mismo día fué tomado el paso del Dragoman tras corto combate, entrando el 24 en Zaribrod. Con esto fueron rechazados los servios á su propio territorio, habiendo dejado en los cuarteles y viviendas búlgaras fama de excelente disciplina y ejemplar respeto á la propiedad ajena (3). De nuevo sostuvieron en territorio búlgaro un serio combate en las alturas cercanas á Pirot el 26 y 27 de noviembre. Pero la Servia al perder también esta batalla y entrar el príncipe en Pirot, solo podia esperar su salvacion del extranjero, y en efecto la obtuvo el 28 del mismo mes de noviembre por medio de Austria, como en 1876 la habia obtenido por Rusia.

En la mañana del citado día hízose anunciar al príncipe el conde Khevenhuller, embajador de Austria en la corte de Belgrado, para pedir la suspension de hostilidades contra Servia. El príncipe Alejandro rechazó esta intervencion en los asuntos de Bulgaria, declarando que solo podia acceder á determinadas proposiciones de paz, pero no á suspension de hostilidades. Entonces el embajador dióle la siguiente respuesta decisiva: «Si V. A. no quiere acceder á suspender las hostilidades, entrará el ejército austro-húngaro en Servia y al penetrar mas V. A. con el suyo en este país, encontrará al ejército austriaco en vez del servio. Comunico esto á V. A. en nombre de S. M. el emperador y rey.»

El príncipe Alejandro tuvo que ceder ante esta amenaza de guerra del Austria; mandó suspender las hostilidades, pero dando á conocer en una circular el motivo que le habia obligado á ello. Las negociaciones que empezaron entonces dieron por resultado un armisticio con Servia y un acuerdo con la Sublime Puerta sobre la Rumelia, que fué publicado por la primera el 2 de febrero de 1886. Sus artículos mas importantes dicen así: «La dignidad de gobernador general de la Rumelia oriental, en consonancia con las disposiciones del convenio de Berlin, recaerá por confirmacion imperial sobre el príncipe Alejandro de Bulgaria, confirmacion que se renovará cada cinco años mientras el príncipe permanezca fiel al sultan y gobierne acertadamente la provincia. En el caso de un ataque extranjero al territorio otomano en las fronteras de Bulgaria ó de la Rumelia oriental, la Sublime Puerta enviará tropas de auxilio, que serán puestas bajo el mando del príncipe Alejandro.» Este convenio fué aceptado sencillamente en el mismo mes por Francia, Inglaterra é Italia. Alemania y Austria hicieron depender su aprobacion de una inteligencia con Rusia. Mas ésta exigió que se

derrotado por completo el ejército servio. Habían venido á pié desde Yamboli y Hermanli á marchas forzadas y entre lluvia y nieve por los Balkanes, sin descansar ni de día ni de noche, con el solo afán de acudir al auxilio de sus hermanos. La órden de marcha habia sido de sesenta kilómetros por día; el Primorski-Polk habia andado en las últimas 32 horas 95 kilómetros, y siendo un ejército de 4,500 hombres solo habían tenido que dejar 62 rezagados en el camino. Seguramente que ésta ha sido una de las marchas mas gigantescas que registra la historia (\*). A pesar de esto, era tan firme y risueño el aspecto de aquella gente, se notaba tan poco cansancio en ella, que hubiera podido ponerse á combatir contra el enemigo. Cuanto mas nos acercáramos á Sliwnitza, mas soldados veíamos por todas partes. Por delante del vivaque del príncipe desfilaron los últimos batallones en innumerables filas, y cuando creíamos que habían terminado de pasar venia otro nuevo destacamento. Delante del konak tocaba la música militar la *Dschumi Maritza*, y con indecible júbilo contestaban las tropas que desfilaran al cariñoso saludo del príncipe; el ejército búlgaro estaba en su puesto.»

(3) En Pirot, por el contrario, parece que saquearon los búlgaros; véase Huhn, págs. 201 y 237.

(\*) El señor A. de Huhn no conoce seguramente las marchas que ha hecho en muchas, muchísimas ocasiones, la infantería española: 60 kilómetros, ó sean 12 leguas por día, no son gran cosa para un soldado español. (N. del T.)

suprimiese el artículo sobre el auxilio de tropas y despues el nombre del príncipe. El príncipe de Bulgaria debia ser por derecho gobernador general de la Rumelia oriental con aprobacion de las potencias, y sin tiempo limitado. La Sublime Puerta declaróse conforme el 7 de marzo en que el príncipe de Bulgaria fuese declarado sin citarle por su nombre y por cada cinco años gobernador general de la Rumelia oriental, conforme á lo expresado en el artículo 17 del convenio de Berlin y con aprobacion de las potencias; y tras larga resistencia sometióse el príncipe Alejandro á este acuerdo de las grandes potencias el 12 de abril. El hecho de la union de ambas Bulgarias estaba, por lo tanto, reconocido y se habia hallado el medio de introducirle en su derecho nacional. Pero el todo significaba para el mas despreocupado la certeza de que la nueva Gran Bulgaria, despues de haber reconocido su propia fuerza, no sería nunca lo que no habia llegado á ser aquel principado ni aun antes de haberse hecho cargo de su fuerza, es decir, una provincia rusa. Antes de someterse el emperador Alejandro III á esta situacion, quiso emplear todos los medios para arrojar del trono á aquel aborrecido Battenberg que le habia dado tan gran disgusto. En la noche del 21 de agosto de 1886 fué acometido el príncipe Alejandro en su konak por oficiales conspiradores del regimiento de Struma, á los que se habia unido el colegio de cadetes bajo el mando del mayor Gruyew, los cuales amenazándole con sus pistolas, le obligaron á firmar un papel donde decían estaba escrita su abdicacion. El príncipe sin leerlo escribió estas palabras: «Dios proteja á Bulgaria. Alejandro.» Fué conducido con su hermano Francisco José á Rahowa junto al Danubio, embarcado allí bajo la mas severa vigilancia en el yate *Alejandro* el 23 del mismo mes, conducido á Reni (Rusia) y entregado allí al burgomaestre como «prisionero de Estado (1).» Entretanto los conspiradores formaron gobierno en Sofía, compuesto del metropolitano Klement de Tirnowa, del antiguo ministro Zankoff y del mayor Gruyew, y para justificar el destronamiento del príncipe dijeron que éste habia seguido una política contraria á la Rusia. Apenas fué conocido en la provincia el suceso del 21, estalló una sublevacion en contra del nuevo gobierno. Las tropas de Philipópoli, Schumla, Plewna, Widdin, Tirnowa, Silistria y Nicópolis se levantaron en favor del héroe de Sliwnitza y Pirot, y con ellas también despues del primer aturdimiento el pueblo entero contra los traidores de la capital (2). Ya el 24 fué derrotado el gobierno y nombrado al día siguiente uno nuevo en Tirnowa, á cuya cabeza figuraba Stambuloff, presidente de la Sobranje, y Mutkuroff, jefe de las milicias de la Rumelia oriental, los cuales formaron este ministerio para llamar al príncipe Alejandro, constituyendo en su nombre una regencia. El príncipe volvió en efecto. En Reni habia sido puesto en libertad por los rusos, y se dirigió á Lemberg para desde allí volver á su patria; pero habiendo llegado á su conocimiento los sucesos de Bulgaria, decidió acceder á los deseos de la regencia. En medio de un indescriptible júbilo popular llegó el 2 de setiembre á Philipópoli y el 3 á Sofía, declarando allí en solemne reunion de los representantes de las potencias — los de Rusia y Alemania faltaban — y de la oficialidad, que tenia que abdicar y abandonar el país, porque de otro modo sería éste ocupado por los rusos, cosa que habia sabido por medio de un telegrama que no le dejaba otra eleccion. A su regreso habia telegrafado al czar, desde Rustschuck, terminando con estas palabras: «Ya que Rusia me ha dado mi corona, estoy dispuesto

á ponerla en manos de su soberano;» á lo cual contestó el czar: «He recibido el telegrama de V. A. y no puedo aprobar su regreso, pues preveo consecuencias funestas para la ya tan probada Bulgaria. Yo me abstendré de toda intervencion en el triste estado á que ha sido reducido ese país mientras V. A. permanezca en él; V. A. sabrá lo que ha de hacer. Yo me reservo el derecho de resolver lo que me ordenen el venerado recuerdo de mi padre, los intereses de Rusia y la paz de Oriente (3).» A esta presion de fuerza obedeció el príncipe Alejandro cuando, despues de haber instituido una regencia presidida por Stambuloff, Mutkuroff y Karaweloff, abandonó el 7 de setiembre de 1886 el afligido país. Arrojado de él por una banda de rebeldes sin honor, pero llamado con júbilo por el ejército y el pueblo, podia emprender su regreso con la mayor honra despues de haber demostrado lo que era en realidad, la víctima sacrificada en aras de la reconciliacion de Bulgaria con «el czar libertador.» Siguieron un par de meses de violentas tentativas rusas llevadas á cabo por el general Nicolás Kaulbars, hermano del anterior ministro, despues largo tiempo de anarquía, y al fin en julio de 1887 fué elegido el príncipe Fernando de Coburgo soberano de Bulgaria, que ha conservado su puesto hasta el día.

Los búlgaros son llamados por sus panegiristas desde la batalla de Sliwnitza «los alemanes de los pueblos de los Balkanes.» Si tienen en realidad estas cualidades, que les den derecho á este orgulloso nombre, un príncipe alemán ha sido el que se las ha imbuido y el que se las ha hecho ganar en propiedad. Mas para llamarse alemanes del país de los Balkanes tienen que aprender todavía, del destino preparado por ellos á este príncipe, lo que les falta, que es la fidelidad alemana.

## CAPITULO VI

### EL CREPÚSCULO DE LA VIDA DEL EMPERADOR, SU MUERTE Y LEGADO

No solo por intervencion inmediata influyen hoy día los grandes Estados sobre la vida de países vecinos mas pequeños. Las oleadas que á causa de las batallas y derrotas en los combates interiores y exteriores se forman sobre la superficie del mar de la vida del Estado universal, impelen sus círculos de nacion á nacion. No las detienen las fronteras, y hacen tan poco caso de la pluma del diplomático como de la espada del guerrero. Esto demuestran los destinos de la Bélgica y la Suiza desde la fundacion del imperio alemán.

El reino de Bélgica existe aun, y el haber podido celebrar el año 1880 el quincuagésimo aniversario de su fundacion con todo brillo y magnificencia, lo debe sola y exclusivamente á las victorias obtenidas por las armas alemanas sobre el emperador de los franceses. El violento ataque que se permitió Napoleon en 1869 contra la independencia de aquel país neutral, obrando en contra del deseo del gobierno, sobre la compra de los ferro-carriles de Bélgica y Luxemburgo por la sociedad francesa de los ferro-carriles del Este (4), fué rechazado por la actitud firme y prudente del ministro liberal Frere-Orban (5). Despues habíanse ocultado por ambas partes intencionadamente la trascendencia política de este hecho; pero cuando á fines de julio de 1870 el conde de Bis-

(3) Véase el *Calendario histórico*, de Schulthess, del año 1886, páginas 408 á 409.

(4) Por el contrato del 31 de enero de 1869; véase el *Calendario histórico* de Schulthess del mismo año, págs. 418 á 422.

(5) Véase sobre el primer ministerio de éste, que tuvo trece años de duracion, la obra de H. Bartling: *Bélgica desde 1857 á 1872*, tomo XII (1875), págs. 1 y 2.

(1) Véase: *El tiempo de las tempestades búlgaras*, de Huhn, pág. 33, Leipzig, 1886.

(2) Huhn, obra citada, pág. 82.